

mediante amorosa unión). El estudio de los *mitos de soberanía* nos permite conocer las luchas entre Urano, Crono y Zeus, éste último ayudado por los ciclopes y centímanos contra los titanes. A continuación se consideran las divinidades de las aguas (desde el Océano y Ponto a Posidón, el dios irritable, Tetis, y Nereo). La aparición del hombre sobre la tierra nos la narra Nicole Loraux. Excelentes páginas. En la mitología griega -más aún en la lengua griega, los hombres son ante todo *los mortales* (*brotói, thnetói ánthropoi*), frente a la concepción de muchas otras lenguas indoeuropeas, donde se les denomina *los terrestres* (*homo* en latín, de *humus*). Lo específico de los griegos no es siquiera de dónde o cómo fueron generados los hombres, sino su esencial naturaleza de seres mortales, de criaturas efímeras.

Guerra, muerte, la topografía del mundo de los Infiernos, los sacrificios a los dioses, los animales y el bestiaro en la mitología, los mitos y rituales de la caza... todo un mundo de sugerentes evocaciones se nos presentan y analizan, en fin, de manera lúcida y enriquecedora. Algo, en cambio, menos brillante es el apartado en el que el libro se atiene más de cerca a la estructura de diccionario. En el capítulo IX se nos catalogan cuatro docenas de dioses y héroes alfabéticamente presentados. Se echan en falta en este apartado los penetrantes comentarios de las páginas anteriores. Son más descriptivas, casi sólo descripciones. Finalmente el volumen concluye con la interpretación que los propios griegos (desde Hesíodo a Proclo, y desde Platón a los neoplatónicos) hicieron de sus antiguos mitos, apartado sumamente sugerente también y que por sí sólo merecería una reseña pormenorizada.

Y para terminar digamos que a pesar de un cierto *chauvinismo* cultural a la hora de traer a colación referencias (*cf.* pág. 56) y a ciertas repeticiones en algunos ejemplos (*cf.* pp. 91 y 123) y en punto a bibliografía, que los editores al castellano no habrán podido enmendar a pesar de que se han esforzado improbablemente en proveernos de toda la mejor bibliografía traducida al castellano; decimos que a pesar de estas menudencias nos hallamos ante los dos primeros volúmenes de un *opus magnum* que será de inapreciable utilidad para los estudiosos del tema por la originalidad y valentía con que se abordan los problemas.

Antonio Guzmán Guerra

BRUNAU, JÉAN-LOUIS, *Les religions gauloises (Rituels celtiques de la Gaule indépendante)*, Errance, Paris, 1996, 216 pp.

El libro que nos ofrece J.-L. Brunau viene a traer aires nuevos al estudio de la religión de los galos y, como consecuencia, al de las religiones celtas antiguas en general. Como el propio autor explicita en la introducción al libro (pp. 3-15), quienes desde finales del siglo XIX se han ocupado de la religión gala se han movido entre dos tendencias: por un lado, explicar los fragmentarios datos conocidos acerca de ella en función de las ricas posibilidades que ofrecen los mitos celtas medievales, fundamentalmente

irlandeses; por otro, estudiar la religión galorromana, es decir, los fenómenos religiosos que se atestiguan en las Galias tras la conquista romana y que resultan de una fusión entre los elementos propiamente galos y los aportes procedentes de la religión romana. Deslindar dentro de esa amalgama qué es lo romano y lo propiamente galo es tarea hoy por hoy casi imposible, pero como afirma con razón J.-L. Brunaux (p. 4) el paso previo parece lógico: ocuparse del mundo religioso de los galos con anterioridad a la llegada de los romanos. Y precisamente a ello consagrará las páginas de su libro. A tal fin propone un diálogo constante entre los textos y la arqueología. De ésta cabía esperar un aporte importante habida cuenta del importante número de santuarios galos excavados durante los últimos años (Gournay-sur-Aronde, Saint-Maur, Estrées-Saint-Denis, Mirebeau, Fesques, Saint-Malo...), y buena parte de ellos lo han sido bajo la dirección del autor de este libro. Sin embargo, tal vez lo más inesperado sea que a la luz de tales datos arqueológicos J.-L. Brunaux llega a proponer en buen número de ocasiones interpretaciones originales de textos clásicos, como ciertos pasajes de la *Guerra de las Galias*, que han sido leídos por legiones de filólogos e historiadores a la búsqueda de datos sobre la religión antigua de los galos al menos desde el siglo XVI.

El primer capítulo del libro se dedica a “Los dioses y los hombres” y lleva a la práctica un método que se revelará enormemente fructífero a lo largo del libro: poner en relación lo que gracias a la arqueología y las fuentes conocemos de la evolución social de los galos con los datos de que disponemos acerca de su religión, no viendo ésta como algo plano, sino en constante evolución de acuerdo con los cambios que experimenta la sociedad. Y en este sentido el autor hace un enorme esfuerzo de crítica y análisis de los textos para, cuando es posible, llegar a saber a qué época se refieren los diversos testimonios transmitidos por los autores griegos y latinos. Se postula así que el druidismo, lejos de ser un rasgo arcaico de carácter pancéltico, no es sino una fase de la religión gala cuyo comienzo habría que fechar hacia comienzos del siglo III a.C. como sustitución de una religión familiar anterior y cuya paulatina difusión tendría como foco originario tal vez a los pueblos belgas. Del mismo modo, el escalamiento cronológico de los textos clásicos sobre la creencia gala en la transmigración de las almas haría ver (pp. 43-44) que esta idea no remonta más allá del siglo IV a.C., lo que, a su vez, permitiría ponerla en conexión con la sustitución hacia las mismas fechas del ritual de inhumación por el de incineración. La creencia en la transmigración de las almas serían, por tanto, anterior al desarrollo de la figura clásica de los druidas, solo que éstos se habrían aprovechado de ella y la habrían desarrollado en función de sus puntos de vista sobre lo que debía ser la moral. Otra idea muy interesante que aparece en este capítulo (pp. 55-56) es la posibilidad de reconstruir, poniendo en conexión dos pasajes de César, una doctrina druidica sobre una esfera cósmica en cuyo interior se encontrarían las almas frente a una esfera terrena donde se localizarían los cuerpos. Y no está de más insistir (p. 58) en que la enumeración de dioses que nos ofrece César en el pasaje más informativo acerca de la religión gala (*BG ???*) no constituye un panteón; para J.-L. Brunaux se trataría de la enumeración de dioses soberanos procedentes de diversas zonas de la Galia.

El segundo capítulo se dedica a “Los lugares de culto” y en él, tras unas consideraciones historiográficas iniciales, se desarrolla un interesante estudio lexicográfico acerca de los términos empleados por los autores griegos y latinos para referirse a los santuarios galos. Pero el aporte fundamental en este aspecto en los últimos años ha venido de la mano de la arqueología. La distinción fundamental que se establece entre los lugares de culto (pp. 62-63) es entre santuarios propiamente dichos, es decir, complejos culturales autónomos separados de los núcleos de población, y otro tipo de estructuras con finalidad religiosa que se sitúan en los núcleos de población. Los santuarios pueden tener un área de influencia variable, según que correspondan a una federación de pueblos, a una *civitas*, a un *pagus* o a una de las tribus que integran un *pagus*. Las pp. 69-77 se dedican al estudio detallado del santuario de Gournay-sur-Aronde, santuario -al parecer- de un *pagus*, mientras que las pp. 77-90 las ocupa el análisis de Ribemont-sur-Ancre, santuario de una federación, y a propósito del cual se alude ya a la espinosa cuestión del sacrificio humano entre los galos, sobre la que el autor habrá de volver posteriormente en más detalle. Las pp. 90-94 tratan de lugares culturales diferentes del santuario, si bien hay que decir que el único tipo identificado con seguridad el anexo a una residencia privada, como documenta el complejo de Montmartin.

“El culto y la adivinación” son el tema del tercer capítulo del libro, a lo largo del cual se exponen los datos conocidos acerca del sacrificio animal (pp. 103-111) —en el que resulta interesante la constatación arqueológica de que siempre se sacrifican animales domésticos (pp. 104-105) y de que los rituales relativos al caballo guardan una estrecha similitud con aquéllos en los que se manipulan cuerpos humanos (pp. 109-111)— y los diferentes tipos de ofrenda (pp. 111-115). Pero el tema estrella del capítulo es, sin duda, el sacrificio humano, al que el autor dedica las pp. 115-133. Como es bien sabido, se encuentran en los autores clásicos varias referencias a la práctica del sacrificio humano entre los galos

El libro se completa con una breve exposición de dos páginas titulada “Hacia el sincretismo galorromano”, dos interesantes anexos y unos útiles índices (general, de lugares y de autores). De los anexos, el primero (pp. 171-183) es un catálogo de fuentes grecolatinas sobre la religión gala, en el que por orden cronológico se indican los autores en los que aparece alguna mención de interés, las referencias del pasaje o de los pasajes y un resumen de los contenidos. El segundo (pp. 185-205) contiene una nueva traducción al francés de los textos clásicos más importantes relativos a la religión gala.

En definitiva, nos encontramos —como señalábamos ya al comienzo de esta reseña— ante un libro fundamental para cualquiera que se interese en el estudio de la religión de los pueblos celtas y de gran provecho para todos los estudiosos de las religiones antiguas, en general.

Eugenio R. Luján